

Oscar Mata. *La novela corta mexicana en el siglo XIX*. UNAM. México, 1999. pp. 167. (Colección Ida y regreso al siglo XIX.)

Escasa atención había merecido a los historiadores de la narrativa mexicana la existencia de un género que está entre el cuento y la novela: la novela corta, definida por el número de palabras (entre 5 000 y 35 000) y caracterizada por la intensidad del argumento. Oscar Mata, en *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, escribe una reseña histórica de este atractivo género, rectificando o precisando en no pocas ocasiones los juicios expresados por especialistas de renombre, como J. S. Brushwood, Ralph E. Warner o Luis Leal, y de cuando en cuando ratificándolos.

En las páginas iniciales, Mata aborda la problemática que conlleva definir la novela corta, y, apoyado en Walter Pabst, redacta una apretada historia de ésta, para luego pasar revista a los relatos publicados en México durante la época colonial, más bien escasos —y en todo caso pronovelas—, debido a las prohibiciones inquisitoriales y al prestigio de la crónica. Acto seguido, muestra cómo a partir de 1835 proliferan las narraciones con mayor extensión que el cuento, de las que llegarán a publicarse unas doscientas en el siglo XIX. Dice Mata que no se utilizó el término novela corta sino hasta 1892, pero que sí se tenía entre los escritores clara conciencia del género. Esa narrativa apareció durante buena parte del siglo en periódicos y revistas, por lo que se le conoce también como novela de folletín. Ya en este capítulo, titulado con gracia o ironía “Las novelitas”, aparece una muy interesante afirmación de Mata acerca

de la relación entre los autores y su obra: durante el siglo XIX mexicano, la narrativa careció de prestigio, y la novela fue vista con desprecio, sin ánimo de tomarla en serio. Nuestro siglo XIX, en efecto, no fue el siglo de la narrativa —pero, paradójicamente, hubo magníficas obras de ese tipo—. Muchos de los autores de novela corta fueron poetas, lo que acaso explique la intensidad que caracteriza sus argumentos. Gran número de estas obras siguieron la premisa en uso: escribir para moralizar, didactismo que cercenó en no pocas veces la expresión artística.

Mata entra luego al estudio de los inicios de la novela corta en México. Elogia la que considera nuestra primera obra de ese género: *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda* (escrita en 1820, pero publicada en 1832), de José Joaquín Fernández de Lizardi, y analiza los relatos de los autores que vinieron en las décadas siguientes: José María Lacunza, el Conde de la Cortina, Ignacio Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, Manuel Payno y Eufemio Romero. En esta etapa, dice el autor, vemos una narrativa esencialmente romántica, con temas como el amor y el nacionalismo. Hay aquí un novelista de gran interés, verdadero adelantado del modernismo: el Conde de la Cortina; un narrador con poca fortuna: Guillermo Prieto, y unas novelas cortas que muestran el proceso de maduración del gran novelista que será Manuel Payno.

La siguiente generación es llamada por Mata la de los primeros especialistas del género, y la forman Florencio M. Del Castillo, novelista prolífico y afamado (“el especialista del género, por lacrimógeno”), Juan Díaz Covarrubias, asesinado por los conservadores cuando daba señales de que podía llegar a ser un gran narrador, y José María Roa Bárcena, “primer maestro del género”. Para Mata, esta narrativa

se consolida con las obras de Ignacio Manuel Altamirano (el Maestro) y de Hilarión Frías y Soto (el maestro del Maestro). Frías y Soto escribió *Vulcano*, que es —en opinión de Mata— la mejor novela corta escrita hasta 1861, y fue “el gran mentor de los novelistas mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX”. Altamirano no sólo escribió novela, sino que teorizó acerca del papel de ésta en la naciente cultura republicana. Para Mata, *La navidad en las montañas*, del Maestro, es “obra de crucial importancia”, pues se trata de “la primera novela corta mexicana plenamente lograda”. A partir de estos dos autores, disminuye la cantidad de novelas cortas, pero aumenta su calidad: consolidado el género en sus manos, vino en seguida el trabajo de la auténtica creación, la que asimila el acto de escribir a la acción de narrar.

En su visión cronológica de la novela corta mexicana, Mata habla a continuación de las obras de Francisco Sosa, Pedro Castera y José López Portillo y Rojas, “los discípulos del Maestro”, con quienes surge el realismo. Sosa expone los conflictos familiares con base en la oposición amor-dinero; Castera asume el compromiso social con los mineros explotados, y José López Portillo y Rojas escribe sobre la realidad campirana como la cara más evidente de México.

Hubo en la literatura mexicana un segundo romanticismo, al triunfar la República sobre el Imperio. A este momento literario pertenecen Justo Sierra y Manuel José Othón, autores de relatos que “acaso sean las mejores novelas cortas mexicanas del siglo XIX”. Sierra, gran psicologista, escribe —desde la perspectiva de Mata— una novela corta magistral: *La novela del colegial*. Esta y otra obra suya, *Carmen*, son “las máximas

representaciones novelísticas del romanticismo mexicano en el siglo XIX”. Por su parte, Othón produce *El pastor Corydón*, “la mejor novela corta mexicana del siglo XIX”.

En la última parte del siglo XIX, coexistieron en la narrativa mexicana el romanticismo, el realismo y el modernismo, siendo el segundo de estos movimientos o corrientes el de mayor arraigo. Los autores de esta época estudiados por Mata son: Manuel Covarrubias y Acevedo, José Tomás de Cuéllar, Ireneo Paz, Manuel Sánchez Mármol, Arcadio Zentella, Rafael Delgado, Laura Méndez de Cuenca, José Negrete, Emilio Rabasa, Federico Gamboa y Angel de Campo. Sus novelas cortas están signadas por la lección ética, con influencia determinante de Zola en algunos casos, como en las novelas de Sánchez Mármol y de Arcadio Zentella. Este escribe una obra de fuerte compromiso social, *Perico*, en la que denuncia la corrupción y la injusticia. Laura Méndez de Cuenca, excepcional narradora —al parecer, descubierta como tal por Mata—, crea para la sociedad que describe un pueblo arquetípico, Las Palmas. José Negrete escandaliza a los lectores por lo escabroso de sus temas. Rabasa presenta una sátira social en *La guerra de tres años*. Gamboa, “autor natural de novelas cortas”, frecuenta el tema del comercio carnal. En *Apuntes sobre Perico Vela*, de Angel de Campo, está presente el protagonista propio del género: el pícaro marginado.

En el capítulo final del libro, “La novela corta del modernismo”, se aborda a los autores tremendistas: Alberto Isaac, “un señor escritor”, que escribió *Un calvario*; Ciro B. Ceballos, desconocido en nuestras historias de la literatura, autor de *Un adulterio*; Efrén Rebolledo, que en opinión de Mata no fue en novela “el alto artífice que lo fue en la poesía, pero pudo

escribir buenas novelas cortas”: *Salamandra*, y *Saga de Sigrida la bonda*, y finalmente Amado Nervo, con quien “la novela corta del modernismo y la del siglo XIX en conjunto alcanzan su plenitud”, al darnos textos narrativos que se enriquecen en estructuras, temas, y motivos. Mata nos habla de un Nervo —luego más leído como poeta— novelista de ideas, filosófico; un creador de personajes, un narrador de referencias científicas, de la realidad onírica, del tremendismo, de la relación de pareja.

Óscar Mata concluye: En el siglo XIX mexicano existió un género narrativo intermedio, la novela corta, al que se ha prestado escasa atención. La cantidad de novelas cortas publicadas en México durante ese siglo es sorprendente, alrededor de doscientas, y el género fue cultivado por unos sesenta autores; aun así, la novela corta pudo desarrollarse más, pero los propios autores tuvieron la culpa de que eso no sucediera, pues en no pocos casos la abandonaron o la vieron con displicencia. La cantidad de novelas cortas publicadas es notable entre 1835 y 1871, no así la calidad, pues ésta sustituye a la primera sólo a partir de *La navidad en las montañas*, precisamente de 1871. Al publicarse en folletín, la novela corta estuvo forzada por lineamientos periodísticos, de los que en cierta medida se liberó a fines de siglo, obteniendo entonces la posibilidad de ser trabajada de manera autónoma y como obra de arte. Las novelas de Nervo constituyen la máxima expresión del género en el siglo XIX.

El libro de Oscar Mata es importante por varias razones. Antes de él, sólo contábamos con otro trabajo específico acerca de la novela corta, el de Celia Miranda Cárabes, *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*. La investigación de Mata ha

desempolvado nombres y títulos injustamente olvidados en las historias de la literatura mexicana, como el de Hilarión Frías y Soto, maestro del Maestro Altamirano. *La novela corta mexicana en el siglo XIX* nos hace pensar que en esa centuria —por lo menos a partir de 1835— se leyó más de lo que creemos, pues el público —quizás en buena parte femenino— dio vida a los periódicos que publicaban novelas de folletín.

Mata nos entrega un esfuerzo ambicioso de revaloración de autores y de obras, realizado con honestidad y con entusiasmo. El estilo de su libro se aleja en ocasiones de la rigidez académica, con frases desparpajadas o irónicas, y esto puede ser visto como un error o como un acierto. Yo lo veo como una forma adecuada y legítima para aligerar la exposición de un cúmulo de datos que seguramente de otra manera resultaría aburrida. Su libro es enseñanza para el lector, pero también bitácora del aprendizaje que fue realizando Mata conforme leía página tras página de las novelas cortas que llegaban a sus manos. En su ávida y gozosa lectura, encontró, una tras otra, una novela mejor, y la siguiente, superior a las anteriores, hasta llegar a la cumbre. Su libro abre perspectivas a estudios futuros acerca de aspectos como la tipología de los protagonistas y la influencia de la narrativa europea, sin cerrar del todo la puerta a la discusión sobre la problemática de definir satisfactoriamente el término novela corta.

Sergio López Mena

UNAM